



# CUÍDENSE DE TODA AVARICIA

---

Domingo XVIII del Tiempo Ordinario



---

Ecl 1, 2; 2, 21-23 | Sal 89, 3-6.12-14.17 | Col 3, 1-5.9-11

## **Evangelio según san Lucas 12, 13-21**

Uno de la multitud le dijo: Maestro, dile a mi hermano que comparta conmigo la herencia. Jesús le respondió: Amigo, ¿quién me ha constituido juez o árbitro entre ustedes? Después les dijo: Cúdense de toda avaricia, porque aún en medio de la abundancia, la vida de un hombre no está asegurada por sus riquezas. Les dijo entonces una parábola: Había un hombre rico, cuyas tierras habían producido mucho, y se preguntaba a sí mismo: ¿Qué voy a hacer? No tengo dónde guardar mi cosecha. Después pensó: Voy a hacer esto: demoleré mis graneros, construiré otros más grandes y amontonaré allí todo mi trigo y mis bienes, y diré a mi alma: Alma mía, tienes bienes almacenados para muchos años; descansa, come, bebe y date buena vida. Pero Dios le dijo: Insensato, esta misma noche vas a morir. ¿Y para quién será lo que has amontonado? Esto es lo que sucede al que acumula riquezas para sí, y no es rico a los ojos de Dios.



---

## Desenmascarar nuestra avaricia

Seguimos en camino hacia Jerusalén. El evangelista nos sigue revelando “facetas” del discipulado.

Un hombre presenta a Jesús un reclamo por división de propiedad y espera de Él justicia. El Señor va más profundo, Él sabe que “el corazón de todo problema es el problema del corazón”. Pone el foco en desenmascarar la avaricia que nos domina.

El término griego para avaricia es: *pleonexía*. Esta palabra hace referencia al hombre que emplea todos los medios posibles para aprovecharse de su prójimo. Una especie de adicción a poseer: “mi cosecha”, “mis graneros”, “me diré”...

El término no habla solamente de la acumulación de grandes cantidades de dinero, sino de toda disposición a utilizar, manipular y sacar un beneficio personal a costa de otros. *Pleonexía* es el pecado del hombre o la mujer que piensa que sus caprichos, apetitos y anhelos son las cosas más importantes del mundo y ve a los demás como objetos a explotar. Este tipo de persona no tiene más dios que él y sus deseos.



---

Cada 31 de julio, la Iglesia celebra la memoria de san Ignacio de Loyola. Inspirados en los Ejercicios Espirituales del Santo, compartimos este breve método para el examen de conciencia cotidiano. La invitación es confrontar este ejercicio con el apartado de la Vida, sintonizando lo que se nos propone a la hora de ahondar en la raíz de lo que nos inquieta y en la actitud con que lo afrontamos, con este esquema para profundizar y progresar en nuestra vida interior.

### **Termómetro de nuestra vida espiritual**

*“Cómo practicar el Examen de conciencia cotidiano*

San Ignacio nos propone una sucesión de cinco puntos de referencia, pero hay un primer momento que es pedir ‘la Mirada del Señor’. Sentimos cómo Dios nuestro Señor nos mira.

1<sup>er</sup> punto: DAR gracias a Dios por los beneficios recibidos durante toda la jornada.

2<sup>do</sup> punto: PEDIR a nuestro Señor la gracia para conocer los pecados y ‘lanzarlos’; VER el paso de la tentación en mis actos y también agradecer por ello. Pedimos al Espíritu Santo que nos ilumine: ‘Ven a darnos tu luz’.

3<sup>er</sup> punto: TRAER A LA MEMORIA lo vivido en esta jornada. Aquí, se compromete TODO nuestro ser. En este punto, podemos decir, que iremos hasta la ‘fuente de los pensamientos’ que está en nuestro corazón, y desde ese interior podremos VER todo lo aceptado y rechazado durante este día, distinguiendo así los pensamientos precisos que han conducido nuestra vida hoy: ‘los que nacen de mi propia voluntad y querer, los que vienen del buen Espíritu, o los que vienen del malo...’ (E.E. [32]).

4<sup>to</sup> punto: PEDIR PERDÓN a Dios nuestro Señor por todo lo que pudimos haber hecho bien y, sin embargo, no lo hicimos.

5<sup>to</sup> punto: mover nuestra VOLUNTAD y proponernos, con la gracia de Dios, enmendarnos y progresar así en la vida espiritual.

Terminar nuestro examen con el padrenuestro. A simple vista, podemos llegar a pensar: ‘¡Qué estructura tiene el examen!’, o ‘Es un ordenamiento de puntos que hay que cumplirlos paso a paso...’. Y, sin embargo, si nos ejercitamos día a día, veremos por propia experiencia que los ‘puntos’

del examen son un todo; además, con cada práctica, nuestra vida interior irá ganando muchas gracias que nos ayudarán a progresar en nuestro peregrinar cotidiano. En verdad, podríamos llamarle el ‘termómetro de nuestra vida espiritual’”.

*(Dame tu amor y tu gracia. Manual del ejercitante, Jorge Rubén Lugones, Editorial Claretiana, 2021).*



---

### **Ser ricos delante de Dios**

Jesús nos muestra como Maestro dónde poner la atención. A partir del texto que nos presenta la liturgia podemos sacar algunas conclusiones:

Primero, poder llevar con sinceridad mis problemas a Jesús. Él es el Maestro que vive en la Comunidad, en la Palabra y que me espera en la oración. ¿Qué problema necesito presentarle?

Segundo, darme el tiempo para profundizar en la raíz de la cuestión: ¿qué hay de capricho, oportunismo o manipulación escondido en el interior del problema? ¿Qué actitudes personales expresan cierta adicción a poseer: dinero, afectos, control, etc.?

Tercero, ¿cuál sería la actitud, frente a ese problema, que me haría sentir “rico delante de Dios”? ¿Cuál sería la solución más sabia y la menos necia?

Jesús enseña que hay mucha diferencia entre “vivir” y “tener posesiones”. Si gano una discusión torciendo argumentos, si convengo a alguien de algo que no le conviene por provecho propio puedo engañarme y crearme victorioso, pero quizá estoy siendo un “necio” para el Dios que revela Jesús.

## SEMILLERO

Este texto del entonces Card. Bergoglio no pierde vigencia. Él mismo retoma en esta obra un artículo que había escrito varios años antes cuando el tema de la corrupción empezaba a sonar fuerte en los medios de comunicación. Quizás ya nos hemos acostumbrado y, en el imaginario colectivo, pareciera formar parte de la vida normal de una sociedad. Evangelios como el de hoy y las palabras certeras del Autor nos interpelan; no sea que aceptemos el estado de corrupción como un pecado más. “Nos hará bien sacudirnos el alma con la fuerza profética del Evangelio que nos sitúa en la verdad de las cosas removiendo la hojarasca que la debilidad humana, unida a la complicidad, crea el humus apto para la corrupción”.

### ¿Por qué un corazón se corrompe?

“¿Qué difícil es que el vigor profético resquebraje un corazón corrupto! Está tan abroquelado en la satisfacción de su autosuficiencia que no permite ningún cuestionamiento. *Acumula riquezas para sí y no es rico a los ojos de Dios* (Lc 12,21). Se siente cómodo y feliz como aquel hombre que planeaba construir nuevos graneros (Lc 12,16-21), y si la situación se le pone difícil conoce todas las coartadas para escabullirse como lo hizo el administrador coimero (Lc 16,1-8) que adelantó la filosofía porteña de ‘el que no afana es un gil’. El corrupto ha construido una autoestima basada precisamente en este tipo de actitudes tramposas, camina por la vida por los atajos del ventajismo a precio de su propia dignidad y la de los demás. El corrupto tiene cara de *yo no fui*, ‘cara de estampita’ como decía mi abuela. Merecería un doctorado *honoris causa* en cosmetología social. Y lo peor es que termina creyéndose. ¡Y qué difícil es que allí entre la profecía! Por ello, aunque digamos ‘pecador, sí’, gritemos con fuerza ‘pero corrupto, no!’.

(...) Un corazón corrupto: aquí está el asunto. ¿Por qué un corazón se corrompe? El corazón *no es una última instancia* del hombre, cerrada en sí misma; allí no acaba la relación (y por lo tanto la relación moral tampoco). El corazón humano es corazón en la medida en que es capaz de referirse a otra cosa, en la medida en que es *capaz de adherirse*, en la medida en que es capaz de amar o negar el amor (odiar). Por ello Jesús, cuando invita a conocer el corazón como fuente de nuestras acciones, nos llama la atención sobre esta adhesión finalística de nuestro corazón inquieto: *Donde esté tu tesoro allí estará también tu corazón* (Mt 6, 21). Conocer el corazón del hombre, su estado, entraña necesariamente conocer el tesoro al que ese corazón está referido, el tesoro que lo libera y plenifica o que lo destruye y esclaviza; en este último caso el tesoro que lo corrompe. De tal modo que del hecho de la corrupción (personal o social) se pasa al corazón como autor y conservador de esa corrupción, y del corazón se pasa al tesoro al que está adherido ese corazón. (...)

### La inmanencia

(...) Este sería un primer rasgo característico de toda corrupción: *la inmanencia*. En el corrupto existe una suficiencia básica, que comienza por ser inconsciente y luego es asumida como lo más natural. La suficiencia humana nunca es abstracta. Es una actitud del corazón referida a un tesoro que lo seduce, lo tranquiliza y lo engaña: *Alma mía, tienes bienes almacenados para muchos años; descansa, come, bebe y date buena vida* (Lc 12,

19). Y, de manera curiosa, se da un contrasentido: el *suficiente* siempre es –en el fondo– un esclavo de ese tesoro, y cuanto más esclavo, más *insuficiente* en la consistencia de esa suficiencia. Así se explica por qué la corrupción no puede quedar escondida: el desequilibrio entre el convencimiento de auto-bastarse y la realidad de ser-esclavo del tesoro no puede contenerse. Es un desequilibrio que sale fuera y, como sucede con toda cosa encerrada, bulle por escapar de la propia presión... y –al salir– desparrama el olor de ese encerramiento consigo mismo: da mal olor. Sí, la corrupción tiene olor a podrido. Cuando algo empieza a *oler mal* es porque existe un corazón encerrado a presión entre su propia suficiencia inmanente y la incapacidad real de auto-bastarse; hay un corazón podrido por la excesiva adhesión a un tesoro que lo ha copado.

El corrupto no percibe su corrupción. Sucede lo que con el mal aliento: difícilmente el que tiene mal aliento se percata de ello. Son otros quienes lo sienten y se lo deben decir. De aquí también que difícilmente el corrupto puede salir de su estado por remordimiento interno. Tiene *anestesiado* el buen espíritu de esa área. Generalmente el Señor lo salva con pruebas que le vienen de situaciones que le toca vivir (enfermedades, pérdidas de fortuna, de seres queridos, etc.) y son estas las que resquebrajan el almacén corrupto y permiten la entrada de la gracia. Puede ser curado”.

(*Corrupción y pecado*, Jorge Mario Bergoglio, Editorial Claretiana, 2da ed. 2016).